

do Huascar, legítimo heredero del trono de los Incas en la primavera de su vida y en el principio de su reinado; reinado que sin embargo fue bastante largo para permitirle desplegar muchas de sus excelentes y amables cualidades, aunque por naturaleza era de carácter demasiado blando para competir con el osado y feroz genio de su hermano. Tal es el retrato que de él nos hacen los cronistas indios y castellanos, aunque debe advertirse que los primeros eran parientes de Huascar y los últimos ciertamente no tenían muy buena voluntad á Atahuallpa (1).

Recibió este príncipe la noticia de la muerte de Huascar con grandes muestras de sorpresa é indignación y envió inmediatamente á llamar á Pizarro para comunicarle el suceso, lo que hizo con espresion del mas profundo dolor. Pizarro no quiso al principio dar crédito á tan desagradable noticia y dijo bruscamente al Inca que su hermano no podia haber muerto, y que le hacia responsable de su vida (2). A esto contestó Atahuallpa asegurando de nuevo el hecho y añadiendo que habia sido perpetrado sin su anuencia por los encargados de la custodia de Huascar, temerosos de que se escapase aprovechando la conno-



Promesas del Inca para conseguir su libertad.

Pero las distancias eran grandes y los mensajeros volvian lentamente, trayendo en su mayor parte pie-

(1) Garcilasso de la Vega y Titucussi Yupanqui eran descendientes de Huayna Capac, de la pura raza del Perú, y enemigos naturales por tanto de su pariente de Quito, á quien miraban como usurpador. Las circunstancias hicieron á los españoles enemigos de Atahuallpa, y era natural que tratasen de denigrar su reputación, poniendo su carácter en contraste con el dulce y blando de su rival.

(2) «Sabido esto por el gobernador, mostró que le pesaba

en que se hallaba el país. Pizarro hizo por su parte investigaciones y halló que la noticia de la muerte era demasiado cierta. Si el crimen fue ejecutado por los oficiales de Atahuallpa sin su espreso mandato, estos no hicieron mas que anticiparse á los deseos de su soberano. Este crimen, que el parentesco inmediato entre su autor y la víctima pinta á nuestros ojos con mas negros colores, no era tan enorme entre los Incas, en cuyas múltiples familias los lazos de la fraternidad debian ser muy débiles para contener el brazo de un déspota deseoso de remover toda clase de obstáculos.

CAPITULO VI.

Llegada del oro del rescate.—Visita á Pachacamac.—Demolicion del idolo.—El general favorito del Inca.—Vida del Inca en su cautiverio.—Conducta de los enviados al Cuzco.—Llegada de Almagro.

1533.

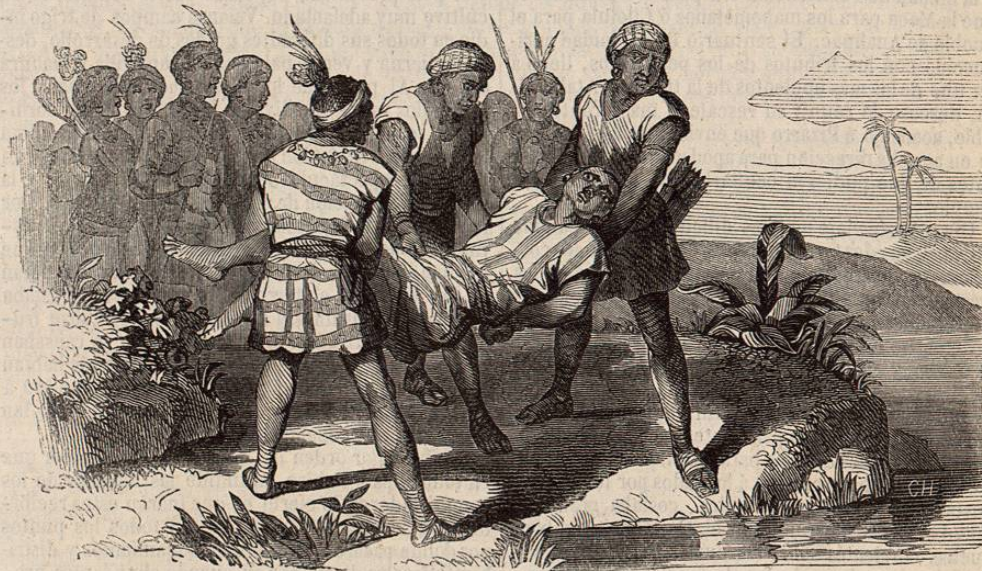
VARIAS semanas habian pasado desde que Atahuallpa despachara á sus emisarios en busca del oro y de la plata prometidos á los españoles por su rescate.

zas macizas de plata, algunas de dos ó tres arrobas de peso. Sin embargo en pocos dias llegaron por valor de treinta ó cuarenta mil pesos de oro y de cincuenta ó sesenta mil pesos de plata. Brillaban los codiciosos ojos de los conquistadores al contemplar los relucientes montones del tesoro que traian los indios sobre

mucho: y dijo que era mentira, que no le habian muerto, que lo trujesen luego vivo: y si no que él mandaria matar á Atahuallpa. Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, página 204.

sus espaldas, y que despues de cuidadosamente pesado y anotado era puesto en depósito bajo la custodia de una fuerte guardia. Entonces empezaron á creer que se cumplirian las magníficas promesas del Inca; pero al paso que su avaricia se aguzaba al ver delante de sí una riqueza que apenas se habian atrevido á imaginar, se aumentaban sus impacientes exi-

gencias, no haciéndose cargo de la distancia y dificultades del camino, y vituperando altamente la tardanza con que se ejecutaban los regios mandatos. Llegaron á sospechar tambien que Atahuallpa hubiese inventado el pretexto de su rescate solamente con el objeto de entablar comunicaciones con sus vasallos mas distantes y que la dilacion fuese calculada con



Muerte de Huascar.

el objeto de ganar tiempo para asegurar la ejecucion de sus planes. Circulaban rumores de sublevacion entre los peruanos y manifestábanse entre los españoles temores de un ataque repentino y general contra sus reales. Sus nuevas riquezas les dieron mayor causa de cuidado y temblaban como el avaro en medio de sus tesoros (1).

Pizarro comunicó á su prisionero los rumores que circulaban entre los soldados, diciendo que uno de los sitios que se señalaban como punto de reunion de los indios era la inmediata ciudad de Guamachucho. Atahuallpa oyó con gran sorpresa la noticia y rechazó con indignacion el cargo que se le hacia como falso desde el principio hasta el fin. «Ni uno solo de mis vasallos, dijo, se atreverá á presentarse armado ni á levantar un dedo sin orden mia. Me teneis, añadió, en vuestro poder; mi vida está á vuestra disposicion; ¿qué mejor garantía podeis tener de mi fidelidad?» Despues manifestó al gefe español que las distancias de muchos puntos eran muy grandes; que aunque se enviase á Cuzco, la capital, un mensaje por una serie de correos apostados al efecto, tardaria en llegar desde Caxamalca cinco dias y que se necesitarian muchas semanas para que los portadores del tesoro pudiesen hacer el mismo camino con carga tan pesada sobre sus espaldas. «Pero podeis satisfaceros, dijo, de que procedo de buena fé, enviando algunos de vosotros á Cuzco. Yo les daré un salvo conducto; y allí

podrán inspeccionar la ejecucion de mis órdenes y ver con sus propios ojos que no se prepara ningun movimiento hostil.» La oferta era buena; y Pizarro, deseoso de adquirir noticias mas circunstanciadas y auténticas del estado del país, la aceptó de bonísima gana (2).

Antes de la partida de estos emisarios, el general habia despachado á su hermano Hernando con unos veinte caballos y un pequeño cuerpo de infantería á la inmediata ciudad de Guamachucho, con orden de reconocer el país y averiguar si era ó no cierto el rumor de haberse reunido allí fuerza armada. Hernando Pizarro encontró el país tranquilo y recibió muy buena acogida de los naturales; pero antes de salir de Guamachucho recibió órdenes de su hermano para que continuase su marcha á Pachacamac, ciudad situada en la costa á cien leguas por lo menos de distancia de Caxamalca. Habia en esta ciudad un gran templo consagrado al dios Pachacamac á quien los peruanos reverenciaban como á criador del mundo. Dícese que en su primera ocupacion del país encontraron allí altares erigidos en honor de este dios; y era tal la veneracion en que le tenian los naturales, que los Incas en vez de abolir su culto juzgaron mas prudente autorizarlo, juntamente con el de su propia deidad el Sol. Uno y otro templo se elevaban juntos sobre las alturas que dominaban la ciudad de Pachacamac y prosperaban con las ofrendas de sus respec-

(1) Zárate, Conq. del Perú, lib. II, cap. IV.—Naharro, Relacion sumaria, MS.—Xerez, Conq. del Perú, ap. Barcia, tomo III, pág. 204.

(2) Pedro Pizarro, Descub. y Conq. MS.—Xerez, Conquista del Perú, ap. Barcia, tomo III, págs. 203 y 204.—Naharro, Relacion sumaria, MS.

tivos devotos, «sagaz concierto, dice un antiguo escritor, con el cual el grande enemigo del género humano se aseguraba doble cosecha de almas (4).»

Pero el templo de Pachacamac continuaba manteniendo su ascendiente, y los oráculos que se daban desde su oscura y misteriosa gruta no tenían menos reputación entre los naturales de Tavantinsuya (ó sean las cuatro partes del mundo, según se llamaba al Perú por los Incas) que los oráculos de Delfos entre los antiguos griegos. Hacíanse peregrinaciones á aquel sagrado sitio desde las regiones más distantes, y la ciudad de Pachacamac era para los peruanos lo que la Meca para los mahometanos ó Cholula para el pueblo de Anahuac. El santuario de la deidad enriquecido con los tributos de los peregrinos, llegó á ser uno de los más opulentos de la tierra, y Atahuallpa, deseoso de reunir su rescate lo más pronto posible, aconsejó á Pizarro que enviase un destacamento en aquella dirección para apoderarse de los tesoros antes de que pudiesen ocultarlos los sacerdotes del templo.

Ofrecía este viaje muchas dificultades. El camino corría en sus dos terceras partes á lo largo de las cordilleras y de trecho en trecho le interrumpían las crestas de las montañas que presentaban obstáculos no pequeños de vencer. Afortunadamente en la otra parte tenían los viajeros el beneficio del gran camino de Cuzco, y «nada en la cristiandad, esclama Hernando Pizarro, iguala á la magnificencia de este camino que atraviesa la sierra (2).» En algunos puntos los lomos de roca eran tan pendientes que se habían fabricado escalones en ellos para los viajeros; y aunque el camino estaba protegido á los lados por fuertes balaustradas ó parapetos de piedra, costaba gran dificultad á los caballos subir por él. Cortábanse también muchas corrientes sobre las cuales se habían construido puentes de madera y algunos de piedra; aunque á veces las aguas que se desprendían de las montañas formaban tan furiosos torrentes que el único medio de pasarlos eran los flexibles puentes de mimbre, en cuyo método estaban muy poco experimentados los españoles. Estos puentes estaban asegurados en cada orilla á fuertes pilares de piedra; pero como habían sido construidos para sostener un peso no mayor que el de un hombre y un llama, y como en la apariencia eran escésivamente frágiles, los españoles temían aventurarse á pasar por ellos con sus caballos. La experiencia, sin embargo, les mostró en breve que eran capaces de sostener mucho mayor peso; y si bien causaban vértigos el ruido del torrente y la vista del abismo en que aquel se precipita, abismo que era á veces de cien pies ó más de profundidad, toda la caballería pasó sin el menor accidente. En estos puentes tenían los indios varias personas cuyo oficio era recaudar los derechos que el gobierno exigía de todos los pasajeros (3).

Admiráronse los españoles de ver el número y la

(1) «El demonio Pachacama, alegre con este concierto, afirman que mostraba en sus respuestas gran contento: pues con lo uno y lo otro era él servido, y quedaban las ánimas de los simples malaventurados presas en su poder.» Cieza de Leon, Crónica, cap. LXXII.

(2) «El camino de las sierras es cosa de ver, porque en verdad en tierra tan fragosa, en la cristiandad no se han visto tan hermosos caminos, toda la mayor parte de calzada.» Carta, MS.

(3) «Todos los arroyos tienen puentes de piedra ó de madera. En un río grande, que era muy caudaloso é muy grande, que pasamos dos veces, hallamos puentes de red: que es cosa maravillosa de ver: pasamos por ellas los caballos. Tienen en cada pasaje dos puentes, la una por donde pasa la gente común, la otra por donde pasa el señor de la tierra ó sus capitanes: esta tienen siempre cerrada, é indios que la guardan, esos indios cobran portazgos de los que pasan.» Carta de Hernando Pizarro, MS.—Relación del primer descubrimiento, MS.

magnitud de los rebaños de llamas que pacían la menuda yerba que crece en las elevadas regiones de los Andes; algunos estaban recogidos en cercados; pero generalmente pacían en libertad bajo la custodia de sus pastores indios; y los conquistadores supieron entonces que aquellos animales eran guardados con tanto cuidado como los merinos de su país y sus emigraciones arregladas con tanto esmero como las de aquellos (4).

Las pendientes de las montañas estaban cubiertas de chozas y poblaciones, algunas de grande extensión; y el país presentaba por todas partes señales de un cultivo muy adelantado. Veíanse campos de trigo indio en todos sus diferentes grados de desarrollo, desde la tierra y verde paja hasta la amarilla y madura espiga. Al paso que los españoles descendían á los profundos valles que dividen las crestas de las cordilleras, se veían rodeados de la vegetación de un clima más cálido, vegetación que deleitaba los sentidos con el alegre espectáculo de mil brillantes colores y la deliciosa percepción de mil exquisitos perfumes. Por todas partes la feracidad natural del suelo estaba estimulada por un sistema cuidadoso de riego, en que estaban aprovechadas todas las aguas que descendían de los Andes, y el terreno de las montañas estaba adornado de jardines y huertos que ostentaban frutos de todas latitudes. Los españoles no se cansaban de admirar la industria con que los indios habían aprovechado la bondad natural del suelo ó suplido á la falta de la naturaleza donde esta no había sido tan pródiga de sus beneficios.

Ya fuese por orden del Inca ó ya por el temor que en todo el país habían infundido las hazañas de los conquistadores, lo cierto es que fueron estos recibidos con benévola hospitalidad en todos los puntos por donde pasaron, dándoseles alojamientos y distribuyéndoseles de cuando en cuando abundantes provisiones sacadas de bien surtidos almacenes; y en algunas ciudades salían los habitantes á recibirlos cantando y bailando y cuando se volvían á poner en marcha les daban un número suficiente de indios de carga para que les llevasen sus equipajes (5).

Al fin después de algunas semanas de viaje, penoso á pesar de todos estos alivios, llegó Hernando Pizarro delante de la ciudad de Pachacamac. Era esta muy populosa y de edificios sólidamente construidos muchos de ellos. El templo de la deidad tutelar era un vasto edificio de piedra, ó más bien un conjunto de edificios que agrupados alrededor de una colina cónica, más parecían una fortaleza que un templo. Pero, aunque las paredes eran de piedra, el techo se componía de delgada paja, cosa muy común en países donde nunca ó pocas veces llueve, y donde por consiguiente solo es necesario resguardarse de los rayos del sol.

Al presentarse Hernando Pizarro á la entrada más pequeña del templo le impidieron el paso los guardias de la puerta; pero exclamando que «no había venido de tan lejos para que le detuviese el brazo de un sacerdote indio» forzó el paso y seguido de su gente,

(4) Una chistosa errata de imprenta hay en el pasaje referente á esta expedición en la excelente traducción de Xerez, hecha por Mr. Ternauv-Compans. «On trouve sur toute la route beaucoup de porcs, de llamas.» (Relation de la Conquête du Pérou, pág. 157.) La sustitución de la palabra *porcs* por *parcs* podría inducir al lector á suponer erradamente que había cerdos en el Perú, antes de la conquista.

(5) Carta de Hernando Pizarro, MS.—Estete, ap. Barcia, tomo III, págs. 206 y 207. Relación del primer descubrimiento, MS.

Tanto el autor últimamente citado como Estete, veedor ó inspector real, acompañaron á Hernando Pizarro en esta expedición, y fueron por consiguiente testigos oculares de lo que refieren. El secretario Xerez reunió la narración de Estete á la suya.

subió la galería circular que conducía á una plataforma en la cima del monte, en uno de cuyos extremos había una especie de capilla. Este era el santuario de la venerada deidad. La puerta estaba guardada con adornos de cristal y con turquesas y pedacitos de coral (1). Allí trataron de nuevo los indios de disuadir á Hernando Pizarro de su propósito de violar el sagrado recinto, cuando en aquel momento la convulsión de un terremoto que hizo temblar hasta los cimientos del antiguo templo atemorizó tanto á los indígenas, así á los que acompañaban á Pizarro como á los demás habitantes de la ciudad, que todos huyeron espantados, no dudando que su adorada deidad sepultaría á los invasores bajo las ruinas del edificio ó les consumiría con sus rayos. Pero semejante terror no tuvo entrada en los pechos de los conquistadores, convencidos como estaban de que en aquel caso por lo menos servían verdaderamente la causa de la fé.

Pizarro y su gente echaron abajo la puerta y entraron; pero en vez de hallar un salón lleno de oro y de piedras preciosas, dones de los devotos de Pachacamac, según ellos se imaginaban, se encontraron en un cuarto ó más bien en una cueva pequeña y oscura, cuyo piso y paredes exhalaban los más repugnantes olores como los que salen de un matadero. Era el sitio de los sacrificios. Descubrieron, sin embargo, unas cuantas piezas de oro y algunas esmeraldas en el suelo; y luego que sus ojos se acostumbraron un poco á la oscuridad distinguieron en el rincón más apartado del aposento la figura del ídolo. Era este un monstruo construido de madera, de forma rara y con cabeza semejante á la del hombre. Tal era el dios por cuyos labios Satanás había dictado los famosos oráculos que desde tan antiguo tenían engañados á sus devotos (2).

Los españoles indignados arrancaron el ídolo de su nicho y le sacaron al aire libre donde le hicieron mil pedazos. Después se purificó aquel lugar y se puso en él una cruz hecha de piedra y yeso. A los pocos años las paredes del templo fueron derribadas por los españoles que hallaron conveniente aquel sitio para fabricar en él sus edificios; pero la cruz todavía permaneció estendiéndose sus anchos brazos sobre las ruinas; permanecía donde fue plantada, en el centro mismo del alcázar de la idolatría, y mientras todo alrededor se había convertido en ruinas ella proclamaba los triunfos permanentes de la fé.

Los sencillos indios viendo que el cielo no tenía rayos para los conquistadores y que su dios no había podido evitar la profanación de su santuario, fueron volviendo poco á poco y rindieron homenaje á los extranjeros á quienes ya miraban con supersticioso temor. Pizarro quiso aprovecharse de esto para apartarles si era posible de su idolatría; y aunque no era predicador, según él mismo nos dice, les dirigió un discurso sin duda tan edificante como era de esperar de la boca de un soldado (3); y en conclusión les enseñó la cruz como un talismán inestimable para librarlos en adelante de las maquinaciones del demonio (4).

(1) «Esta puerta era muy tejida de diversas cosas de corales y turquesas y cristales y otras cosas.»—Relación del primer descub., MS.

(2) «Aquél era Pachacama, el cual les sanaba de sus enfermedades, y á lo que allí se entendió, el demonio aparecía en aquella cueva á los sacerdotes y hablaba con ellos, y estos entraban con las peticiones y ofrendas de los que venían en romería; que es cierto que de todo el señorío de Atabalpa iban allí, como los moros y turcos van á la casa de Meca.» Relación del primer descub., MS.—Estete, ap. Barcia t. III, pág. 209.

(3) «E á falta de predicador les hice mi sermón, diciéndoles el engaño en que vivían.»—Carta de Hernando Pizarro, MS.

(4) Id., MS.—Relación del primer descub., MS.—Estete, ap. Barcia, tomo III, pág. 209.

Pero el gefe español no estaba tan absorto en sus tareas espirituales que dejase de cuidar de los negocios temporales que le habían llevado á aquel sitio. Vió con gran sentimiento que había llegado demasiado tarde y que los sacerdotes de Pachacamac, informados del objeto de su misión, habían puesto á buen recaudo la mayor parte del oro, y marchábase con él antes de su llegada. Después se descubrió una gran cantidad del tesoro enterrada en las inmediaciones (5). Sin embargo, lo que se encontró fue bastante, pues no bajó de ocho mil castellanos, suma que en otro tiempo les hubiera parecido bastante compensación de las grandes fatigas de su viaje; pero ya ellos se habían familiarizado con el oro y su imaginación exaltada con las aventuras novelescas que les iban sucediendo, se formaba visiones que todo el oro del Perú apenas hubiera podido realizar.

Un premio obtuvo no obstante Hernando en su expedición, que vino á consolarle de la pérdida de su tesoro. Mientras estaba en Pachacamac supo que el cacique indio Chalcuchima se hallaba con grandes fuerzas en las inmediaciones de Xauxa, ciudad de alguna consideración situada á gran distancia entre las montañas. Este cacique, pariente inmediato de Atahuallpa, era el más esperto de sus generales y juntamente con Quizquiz que entonces se hallaba en Cuzco, había alcanzado en el Sur las victorias que habían elevado al Inca sobre el trono. Por su cuna, sus talentos y su grande experiencia no tenía superior en el reino; y Pizarro conocía cuán importante era asegurar su persona. Viendo que el noble indio rehusaba verse con él á su vuelta, determinó marchar desde luego á Xauxa y apoderarse del gefe en sus mismos reales. Este proyecto, considerando la enorme desigualdad numérica de ambos ejércitos, parecía desesperado aun para los españoles; pero los triunfos les habían inspirado tal confianza, que apenas creían que pudiese salirles mal ninguna empresa.

El camino á través de las montañas presentaba mayores dificultades que el primero por donde habían llegado, y á estas se añadían, respecto á la caballería, que se habían gastado las herraduras de los caballos y los cascos de los animales padecían mucho en aquel terreno pedregoso y áspero. No había hierro á mano, solo había plata y oro, y en semejante situación se aprovecharon de estos metales, haciendo Pizarro herrar á toda la caballería con herraduras de plata que, hechas por los fundidores indios, llenaron tan bien su objeto que este precioso metal substituyó al hierro durante el resto de la marcha (6).

Xauxa era una ciudad grande y populosa, si bien apenas es creíble la aserción de los conquistadores que dicen que se reunían habitualmente en la plaza principal cien mil personas (7). El gefe peruano estaba acampado á pocas millas de la ciudad con un ejército que, según los cálculos comunes, ascendía á treinta y cinco mil hombres. Gran dificultad costó

(5) «Y andando los tiempos el capitán Rodrigo Orgoñez y Francisco de Godoy y otros sacaron gran suma de oro y plata de los enterramientos. Y aun se presume y tiene por cierto que ay mucho más; pero como no se sabe dónde está enterrado, se pierde.» Cieza de Leon, Crónica, cap. LXXII.

(6) «Hicieron hacer herraje de herraduras é clavos para sus caballos de plata, los cuales hicieronlos cien fundidores muy buenos é cuantos quisieron de ellos, con el cual herraje andubieron dos meses.» (Oviedo, Hist. de las Indias, MS., parte III, lib. VII, cap. XVI.) El autor de la relación del primer descub., MS., dice que herraron los caballos con plata y cobre, y otro de los conquistadores asegura que usaron oro y plata. (Relatione d'un capitano spagnuolo, ap. Ramusio, Navigazioni et Viaggi, Venetia 1655, tomo III, folio 376.) Pero todos convienen en lo de la plata.

(7) «Era mucha la gente de aquel pueblo y de sus comarcas, que al parecer de los españoles se juntaban cada día en la plaza principal cien mil personas.» Estete, ap. Barcia, t. III, pág. 230.